

*Historia de un amor no correspondido.
Feminismo e izquierda en los 80. De Giorgi,
Ana Laura, Montevideo: Sujetos Editores,
2020, pp.275.*

*Eva Taberne
Licenciada en Letras (Unila),
Maestranda en Ciencias Humanas, Opción Estudios Latinoamericanos
(Universidad de la República),
Integrante del Grupo de Estudios sobre Trabajo, Izquierdas y Género,
Becaria de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación
evataberne@gmail.com*

En los últimos seis años los feminismos en Uruguay se han tornado masivos, con una importante presencia en las calles (especialmente en Montevideo y Canelones) y una impugnación al orden patriarcal que atraviesa los más diversos ámbitos (pareja, sexualidad, maternidad, Estado, trabajo, universidad, arte, medios de comunicación, partidos y sindicatos). Con una enorme creatividad, se han elaborado nuevos lenguajes para señalar las violencias persistentes que atraviesan los cuerpos de mujeres y disidencias sexuales y construir colectivamente interpretaciones y prácticas políticas liberadoras.

No obstante, los feminismos actuales parecen estar «huérfanos de madres», al no reconocerse en generaciones feministas que les precedieron inmediatamente en el tiempo. Ana Laura de Giorgi, licenciada y magíster en Ciencia Política y doctora Ciencias Sociales, pretende tejer esos hilos invisibles a través de su libro *Historia de un amor no correspondido. Feminismo e izquierda en los años 80*, y recuperar así «linajes emancipatorios [...] para que podamos las mujeres en el sur tener un espejo donde mirarnos y reconocernos en una historia de lucha» (p. 31).

Se trata de una adaptación, pensada para un público amplio, de su tesis del Doctorado en Ciencias Sociales, realizada en la Universidad General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social de Argentina, que dialoga con una serie de intereses e investigaciones desarrolladas por la autora sobre las izquierdas uruguayas (con su libro *Las tribus de la izquierda: bolches, latas y tupas en los 60* (2011)), las memorias de ex presas políticas y los feminismos latinoamericanos.

Contra una mirada que entiende al feminismo desvinculado de la izquierda y un relato androcéntrico de la transición democrática centrado en las cúpulas militares y los partidos políticos, la autora indaga en la formación de un feminismo de izquierda y sus encuentros y desencuentros con las izquierdas políticas y sociales, «en un contexto particular de amplias expectativas respecto a la democracia, a la política y a la renovación de la izquierda» como fueron los años ochenta en Uruguay. A lo largo de seis capítulos, De Giorgi traza los recorridos de este feminismo que nació entrelazado a las trayectorias militantes previas de sus integrantes en las organizaciones de izquierda durante los sesenta y a las experiencias de las mujeres en la cárcel, el exilio y el insilio durante la dictadura civil-militar, que modelaron profundamente las subjetividades e hicieron posible la emergencia de una conciencia feminista.

La autora presenta su estudio como una Historia feminista, un campo del conocimiento que parecería ser heredero de la Historia de género y la Historia de las mujeres, estas últimas con producciones locales como las de Graciela Sapriza, Silvia Rodríguez Villamil, Marisa Ruiz, Lourdes Peruchena y las recientes investigaciones de Inés Cuadro y Lucía Martínez Hernández. Se trata de una apuesta intelectual y a la vez política por hacer visible la participación de las mujeres en la historia y develar los mecanismos que las han relegado al olvido. Coherente con esta perspectiva, De Giorgi se propone «articular la historia “grande” con la historia “pequeña” y sobre todo borrar esta dicotomía arbitraria» (p. 23), es decir, superar la división entre lo público y lo privado, poniendo en práctica aquella máxima del feminismo radical estadounidense que postula que lo personal es político, y entendiendo al mismo tiempo que lo político, en un sentido estricto, produce profundos efectos en la vida de las personas.

Otro aspecto que merece destaque son las opciones metodológicas. Siguiendo a la investigadora estadounidense Donna Haraway, Ana Laura de Giorgi se plantea un estudio situado, que tienda hacia una *objetividad feminista*. En consecuencia, explicita cuál es el lugar de enunciación del que parte, sus recorridos personales y académicos, las identificaciones y distanciamientos con las protagonistas de esta historia, con las izquierdas

y los feminismos, así como el contexto en el que se desarrollan sus interpretaciones sobre el pasado, con los feminismos contemporáneos como telón de fondo.

Desde ese lugar analiza un variado corpus bibliográfico y documental, con una importante utilización de las publicaciones feministas de la época (tanto uruguayas como latinoamericanas), de la prensa nacional, de documentación de las organizaciones feministas y de izquierda (volantes, folletos, notas, comunicados, informes, proclamas, transcripciones de talleres y cursos, estudios y reflexiones), además de testimonios orales y algunas fuentes iconográficas que acompañan el texto.

La vastedad de las fuentes delata un intenso trabajo de archivo, fundamentalmente en los archivos personales de las mujeres que integran esta historia; es probable que algunos documentos no hubiesen salido antes a luz y estuvieran allí «esperando a ser consultados para no pasar al anonimato como lo hicieron sus antecesoras» (p.28). Además de lo que llama un «archivo de voces», haciendo referencia a la colección particular de entrevistas realizadas por la autora, en un diálogo entablado desde cierta complicidad con sus interlocutoras, que habilitó la emergencia de las emociones y los recuerdos «irreverentes» (pp. 28-29).

Los testimonios son presentados a lo largo del texto bajo seudónimos, desde la fundamentación de que «lo que realmente importa es aquello que se relata y no su autoría» (p. 29). Merecería quizá un detenimiento mayor la explicación sobre esta opción que a simple viste podría parecer contradictoria con los propósitos de visibilización.

En el capítulo 1 se trazan los perfiles de las feministas de los ochenta: mujeres de mediana edad, mayormente heterosexuales, con hijos, en pareja o divorciadas, con estudios terciarios y un entorno familiar que las había impulsado tempranamente a ser críticas e independientes. Formaban parte de una generación de mujeres que había comenzado a desafiar los mandatos de género vigentes, eran las jóvenes del 68. Varias de ellas con participación estudiantil, sindical o política, habían rechazado el destino doméstico insertándose en lo público y construyendo nuevos modelos de vida a partir de los intersticios que abría el *hombre nuevo* de la militancia de izquierda, a pesar de estar planteado en términos masculinos.

La autora identifica tres experiencias marcantes en la gestación de una subjetividad feminista: la cárcel, el exilio y el insilio, que serán abordadas ampliamente en este capítulo. Discutiendo la noción extendida de que el feminismo es un fenómeno importado de Europa, elabora una interpretación que pone en el centro las múltiples experiencias de las mujeres uruguayas durante la dictadura civil-militar. El feminismo es presentando más bien como

una necesidad que aflora del encuentro de algunas con su «ser mujer» de manera crítica, en circunstancias de extrema vulnerabilidad, soledad y repliegue político, sin desconsiderar, claro está, los contactos que tuvieron con los feminismos europeos algunas exiliadas y aquellas que desde el Uruguay lograron acceder a revistas feministas de circulación internacional. Son rescatadas también las iniciativas femeninas desplegadas en los barrios, centros educativos, parroquias, en las visitas a los presos y dentro de los hogares, que generaron pequeños focos de resistencia a la dictadura y politizaron espacios hasta entonces considerados por fuera de lo político.

El siguiente capítulo inscribe el naciente feminismo de los ochenta en un marco de luchas más amplias contra la dictadura civil-militar, en las que adquiere una especial relevancia el movimiento de mujeres. Son señalados algunos acontecimientos claves de 1984, como la marcha silenciosa de mujeres ocurrida el 26 de enero, la convocatoria para el 8 de marzo que conjugaba reclamos de mayor participación política de las mujeres con amnistía para los presos políticos y búsqueda de los desaparecidos, la participación activa en la Concertación Nacional Programática (Conapro), con demandas específicas de las mujeres y la histórica movilización de las cien mil frenteamplistas ocurrida en noviembre de ese mismo año.

Del seno de este movimiento de mujeres y estrechamente vinculadas a las izquierdas, surgirán la mayoría de las organizaciones feministas. El mapa presentado por la autora en este capítulo incluye a la ya existente Asociación Uruguaya de Planificación Familiar e Investigaciones en Reproducción Humana (Aupfirh), el precursor Grupo de Estudio sobre la Condición de la Mujer (Grecmu), la Comisión de Mujeres Uruguayas (CMU), vinculada al Partido Socialista de los Trabajadores, PST), Cotidiano Mujer, la Comisión de Mujeres del Partido Comunista de Uruguay (PCU) y la Comisión de Mujeres del PIT-CNT. En torno a las peripecias de estas organizaciones y de algunas personalidades como la de Fany Puyesky y Margarita Percovich, girará esta historia.

En el capítulo tres la investigadora ahonda en las concepciones que desarrollaron las feministas a través de sus publicaciones sobre el universo doméstico y la subordinación de las mujeres que allí se producía. Desde una perspectiva predominantemente marxista, que identificaba en la división sexual del trabajo una de las principales fuentes de desigualdad, señalaron los roles diferenciados construidos para hombres y mujeres que mantenían a estas últimas *cautivas* en el hogar. La autora señala que en este punto coincidían con las feministas estadounidenses y europeas, que desde mediados de los sesenta habían denunciado el agobio doméstico y la enajenación en el hogar. No obstante, se diferenciaban

en que interpretaban la acción despótica de los compañeros y esposos en clave de autoritarismo, utilizando el lenguaje de la democracia como eje articulador de sus discursos.

En sintonía con este análisis, propusieron nuevos modelos *democráticos* de pareja y familia, así como ciertos énfasis en el conocimiento del cuerpo, el control de la reproducción y el disfrute de la sexualidad. Ana Laura de Giorgi se encarga de detallar las diferentes iniciativas emprendidas en este sentido, sin dejar de señalar las limitaciones que se desprendían de una visión exclusivamente heterosexual y monogámica. Dentro de este capítulo nos encontraremos también con los recorridos que llevaron al feminismo uruguayo a acercarse a la cuestión del lesbianismo e ir incorporándolo paulatinamente en sus reflexiones, no sin conflictos y sanciones externas.

En el próximo capítulo el esfuerzo de la investigadora se centra en analizar las relaciones entre marxismo y feminismo, a partir de las elaboraciones teóricas desarrolladas por las feministas de la época, sirviéndose principalmente de los trabajos de Suzana Prates, los escritos de Silvia Rodríguez Villamil, así como algunos artículos publicados en *La Cacerola* (revista de Greclu). En sintonía con investigaciones regionales que buscaban comprender la situación de la mujer desde el marxismo, las feministas locales intentaron entrelazar la cuestión de clase y la de género en sus interpretaciones, sin ánimos de abandonar los clásicos análisis sobre la explotación capitalista, sino más bien de ampliarlos.

Una de las problemáticas que adquirió centralidad, según observa De Giorgi, fue la del trabajo de las mujeres en su condición de doblemente explotadas. Se elaboraron categorías propias para nombrar al trabajo reproductivo no remunerado como *trabajo invisible*, asignándole un lugar fundamental en el sostenimiento del sistema. También se dotó de palabras al orden simbólico que alimentaba la división sexual del trabajo, como *ideología patriarcal* o *ideología de la domesticidad*. Asimismo, se examinaron críticamente los tipos de trabajos que realizaban las mujeres en la esfera productiva, su vinculación con los roles de género y las condiciones desiguales a las que estaban sujetos.

Así como estaban convencidas de que «la mejor versión del feminismo era la de la izquierda» (p. 136), apostando a una construcción conjunta con los varones en los partidos y sindicatos, también lo estaban de que la opresión de la mujer era un problema del conjunto de la clase trabajadora, no una contradicción secundaria, y que la explotación del trabajo reproductivo se situaba justo en el corazón del capitalismo. A lo largo de los distintos capítulos la investigadora subraya los incontables esfuerzos que realizaron las feministas por convencer de ello a sus compañeras y especialmente a sus compañeros de izquierda.

A continuación, en el capítulo cinco, De Giorgi explora la dimensión latinoamericana del feminismo de los ochenta y sus esfuerzos por distanciarse del feminismo radical estadounidense, en el afán de construir una práctica política propia, capaz de responder a las problemáticas de las mujeres del continente. En esta dirección, se sumergirá en las redes de publicaciones feministas que se establecieron entre aquellas que estaban en América Latina y algunas exiliadas en Europa, sus representaciones sobre las mujeres latinoamericanas —en oposición a un universal de mujer construido desde el Norte— y la incorporación de otras matrices de opresión como la raza y la clase.

Una parte importante del capítulo ocupa la experiencia de los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, iniciados en 1981 como espacios horizontales de encuentro entre mujeres, propiciadores de dinámicas alternativas a las desarrolladas por las organizaciones masculinas de izquierda. La autora identifica las tensiones y acusaciones cruzadas que tuvieron lugar en su interior, entre «feministas» y «políticas», es decir, entre quienes optaban por una «política de las mujeres», sustentada en el pequeño grupo, las prácticas de autoconciencia y la total autonomía de las organizaciones de izquierda y aquellas que actuaban dentro de los partidos políticos y sindicatos, buscando transformarlos y ampliar su base social, «concientizando» (pp. 170-176) a las mujeres de los sectores populares. En este segundo grupo, ubica De Giorgi a las feministas uruguayas.

El capítulo final, que es el más extenso del libro, podríamos dividirlo en dos partes. En la primera de ellas, la investigadora se detiene en señalar las relaciones de cercanía que mantenían las feministas con las izquierdas, ya sea como dobles militantes, integrantes de partidos políticos (y fundadoras de los espacios orgánicos de mujeres) o independientes, pero con lazos fluidos con las organizaciones de izquierda. Así también describe las formas de militancia que desplegó este feminismo, combinando cierta renovación en los modos de hacer política, con formas heredadas de las izquierdas. Merecen especial atención los talleres organizados en los barrios para mujeres de sectores populares.

La otra mitad, haciendo honor al título, se concentra en los desencuentros entre feminismos e izquierdas. La autora relata episodios de incomprensión, burlas y exclusión, que relegaban a las feministas y sus reivindicaciones a espacios marginales (simbólicos, pero también físicos) dentro de las organizaciones. También aparecen mencionadas reacciones machistas de algunos dirigentes, que dan cuenta de cierto uso oportunista de la *cuestión de la mujer*. Por otra parte, De Giorgi identifica un cambio de actitud en la política conciliadora de las feministas hacia la segunda mitad de los ochenta, marcado por el enojo y la insatisfacción y una crítica explícita a las dinámicas patriarcales hacia el interior de las

organizaciones de izquierda. Finalmente, señala las derivas de este feminismo entrados los noventa, en un contexto global de declive de las izquierdas.

Se trata de una obra valiosa por su originalidad, así como una importante contribución a la historia del feminismo uruguayo y el movimiento de mujeres, que logra traducir la investigación académica a un lenguaje sencillo y a la vez atrapante; la edición cuidada y al arte de tapa favorecen una lectura fluida y amena.

Por momentos parecen un tanto escasas las referencias al contexto más amplio (político, económico y social) en el que se inscriben las acciones de las organizaciones feministas, en especial, si pensamos en un/a lector/a no especializado/a que no vivió la dictadura ni la transición democrática. No obstante, es indudable el aporte que significa esta investigación a la construcción de memorias colectivas, que pongan en el centro la experiencia de las mujeres y recuperen una tradición de lucha feminista hasta entonces eclipsada.

Invita a pensar en otras dimensiones a ser exploradas a futuro, como podrían ser las relaciones entre las propias organizaciones feministas, con sus encuentros y desencuentros, los vínculos con otros colectivos sociales (movimiento estudiantil, grupos LGBT, organizaciones de derechos humanos), la incidencia de ese feminismo en ámbitos de la cultura y la contracultura de la época, las relaciones con organizaciones de mujeres de izquierda que no se reconocían feministas, así como profundizar en las conexiones internacionales que establecieron los feminismos de ese entonces.

Es un trabajo novedoso que señala un camino para aquellas jóvenes investigadoras que nos embarcamos en el estudio de los feminismos del sur desde un compromiso intelectual y político. Incita a desarrollar más investigación y más feminismo.